

Carta vocacional

-Abril 2010-

Queridas hermanas, es tiempo de Pascua, es tiempo de que irrumpa en nuestras vidas la fuerza de la resurrección de Jesús, el Señor. Sintámonos invitadas a vocacionalizar este tiempo de gozo y esperanza. Vivamos una Pascua vocacional, renovando en nosotras la confianza en la obra de Dios, en su Proyecto para nuestras vidas, en su elección de amor por cada una de nosotras y por las nuevas generaciones de Pastorcitas.

Tomaremos como iluminación el último capítulo del Evangelio de Mc, del versículo 14 al 20.

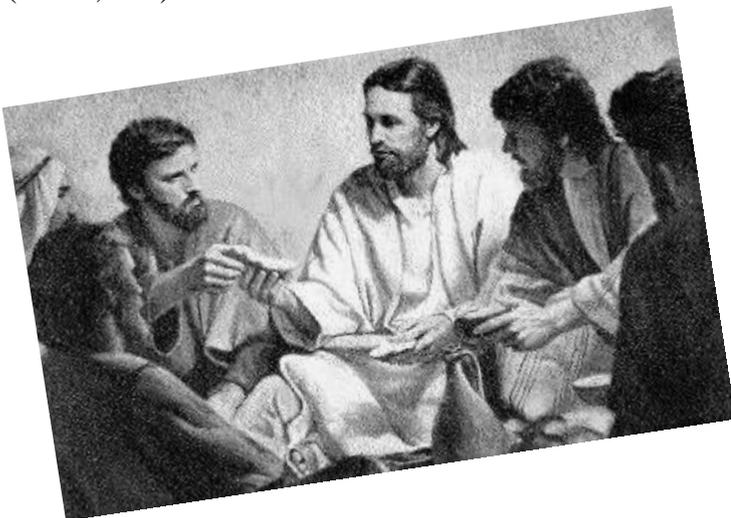
Este texto en realidad es un añadido posterior al Evangelio de Mc, la mayoría de los biblistas lo admiten así, reconociendo que la intención sea tal vez evitar que el Evangelio termine tan abruptamente. El hilo conductor viene de los pasajes anteriores (vv. 9-13) y es la incredulidad de los discípulos. Por tres veces se menciona esta incredulidad, y la tercera en boca de Jesús que los reprende por no haber creído “a los que lo habían visto resucitado. Demás está decir que estamos en el contexto de la Resurrección de Jesús. Sin embargo, en este encuadre de fe o incredulidad, Jesús llama y envía. Sigue contando con ellos para la misión de anunciar la Buena Nueva a toda la humanidad. Y se nos dice finalmente que los discípulos lo hicieron, obedecieron y el Señor los asistía y confirmaba (v. 19) según su promesa (vv. 17-18).

¡Qué hermoso pasaje para reflexionar sobre el misterio de una vocación, en el contexto del tiempo pascual!

Tomemos nuestro hilo conductor, la incredulidad. Tenemos ya mención de ella en el AT. La incredulidad se refiere al Pueblo de Dios y requiere una conversión. En cambio la idolatría caracteriza a las naciones paganas. Lo cierto es que ella ha sido siempre un escándalo para todos los hombres de fe. La incredulidad no consiste en negar la existencia de Dios solamente, sino en desconocer los signos y testigos de la Palabra divina y no obedecerle. Es no decir “Amén” a Dios, es rechazar la relación de comunión que Dios quiere entablar con el hombre.

En Israel se puede ver esta actitud especialmente en dos momentos. Por un lado las murmuraciones que hace el pueblo en el desierto (Ex 15-17; Nm 14-17) mostrando el rostro del miedo que exige a Dios que realice inmediatamente lo que ha prometido. Otro rostro de la incredulidad es hacerse una imagen, un becerro, como intentando dominar al que no quería estar a su medida (Ex 32; Dt 9,12-21).

Por otro lado la incredulidad se manifiesta en Israel, en su corazón dividido, es decir, cuando pacta con los dioses de otras naciones vecinas, en la misma tierra prometida (1Re 18,21; Os 2; Jr 2-4; Ez 16). Pero siempre hay esperanza, porque un día esa incredulidad cesará, cuando “todos serán enseñados por Yahvé” (Jr 31,33ss) anunciando los tiempos mesiánicos. La falta de fe puede ser vencida por el Padre, que es la fuente de la fe y que comunica a los más pequeños que hacen su voluntad, el misterio, formando el nuevo pueblo, la familia de Jesús (Mt 11,25ss).



Pero la incredulidad llega al colmo frente al misterio pascual, la muerte y resurrección de Jesús, la cruz y la gloria. Y el discípulo tiene que asumirlas para seguir a Jesús. Y aquí está nuestro pasaje, los discípulos todavía no creían, hasta tal punto está arraigada la incredulidad en el corazón humano. Pero nuevamente la esperanza aparece, Jesús vuelve a llamar y enviar. San Pablo como San Juan admiten que un día la incredulidad será dominada: “Si nosotros somos infieles, Dios es fiel” (2Tim 2,13), la existencia cristiana es vivir cada día el misterio de Jesús resucitado: “No seas incrédulo, sino creyente” (Jn 20, 27).



Los dos polos de nuestro relato, la incredulidad y la misión, aparecen en esta reseña anterior, como la debilidad de la fe y la esperanza de la fidelidad de Dios. A primera vista aparece un abismo entre la incredulidad de los discípulos y el llamado de Jesús a anunciar la Buena Nueva. Pero aún en esta fragilidad humana, Jesús insiste en enviar y desborda en su promesa de acompañar con señales y prodigios la misión de estos discípulos. Tal vez este contraste nos quiera recordar que el anuncio de la Buena Nueva, la misión, es más grande e inminente que la incredulidad y la pequeñez del que anuncia, del enviado. Jesús quiere que esos “incrédulos”, esos pequeños que no tienen más que su pobreza para ofrecer, sean sus enviados a tamaña misión.

Tal vez nos está diciendo hoy que nuestra pequeñez, nuestros límites, nuestros defectos, por terribles que sean y fatigosos que nos resulten, no son un obstáculo para la evangelización de la humanidad a la que somos enviados, porque es el Señor quien obra, conduce, asiste y confirma. Tal vez, más que obstáculos, nuestros límites sean una condición casi necesaria para la misión, porque en nuestra debilidad vence el poder del Resucitado y se ve mejor la obra de su gracia.

Esto no quiere decir que caigamos en la justificación constante de nuestros límites. Sino más bien, que estamos llamados a integrarlos a nuestra vida cristiana como camino de salvación para nosotros y para los demás, porque a través de ellos resplandece mejor la obra de la gracia en nosotros, se devela la mano misericordiosa de Dios en la historia de salvación, personal y comunitaria. Los límites no tendrían que producirnos rechazo, sino comprensión y compasión, una integración sanadora y humanizadora.



¿Cuántas veces la “incredulidad”, nuestra propia fragilidad, nos trae el desaliento en la misión? ¿Cuántas veces la fragilidad de la Hermana que tengo a mi lado me despierta la desconfianza de que ella pueda realizar la misión que Dios le confió? ¿Cuántas veces por mirar negativamente la debilidad de una Hermana, la desalentamos en su camino vocacional, ponemos en duda la obra de Dios en ella? ¿Y cuánto las dificultades de la vida, las pruebas y obstáculos nos distraen de la propia vocación?

Esto no quiere decir que tengamos una mirada ingenua o cándida sobre la realidad. Sino que viendo con realidad nuestros límites, hagamos el cambio de mentalidad, confiando en la insistencia del Señor de darnos la misión. Creemos espacios donde podamos compartir la vida en sus virtudes y en sus fragilidades, donde no temamos ser rechazadas y juzgadas, donde estemos todas atentas a la invitación del Señor y a sus promesas, donde podamos compartir cómo el Señor nos confirma en nuestra vocación con señales y signos.

- ¿Cómo rezamos nuestras fragilidades?
- ¿Cómo dialogamos con nuestras fragilidades y límites en relación al contraste con nuestra vocación-misión?
- ¿Cómo colaboramos con las nuevas generaciones de Pastorcitas para que trabajen positivamente sobre sus pobreza y límites, en lo personal y en la comunidad?
- ¿Qué espacios abrimos para esta tarea en nuestra comunidad?

Que este tiempo pascual nos llame a la reconciliación con nuestras incredulidades. Que la fuerza de la resurrección de Jesús sostenga nuestra esperanza, porque caminamos hacia la victoria de nuestro Dios, el que nos llamó y nos envió a toda la humanidad, el que creyó en nosotros.

Bendiciones para todas y Feliz Pascua vocacional!

Hna. María de los Ángeles Seijo sjbp